

LEG.Foll
007.401

CUADERNOS DE ACTUALIDAD

CUADERNOS DE ACTUALIDAD

- 1 SLOGANS DIVORCISTAS
Amadeo de Fuenmayor
- 2 IGLESIA Y POLÍTICA
José Miguel Ibáñez Langlois
- 3 LOS CRISTIANOS EN UN TIEMPO DE PRUEBA
José Orlandis
- 4 SEXO Y PERSONALIDAD
J. B. Torelló

En preparación:

DOLOR Y EUTANASIA
Jesús Ferrer

MAS ALLA DE LA ETICA DE SITUACION
Ignacio Celaya / Pamón García de Haro

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA IDEA SOCIALISTA
Antonio Millán Puelles

UNIVERSIDAD DE NAVARRA



100033322

EUNSA



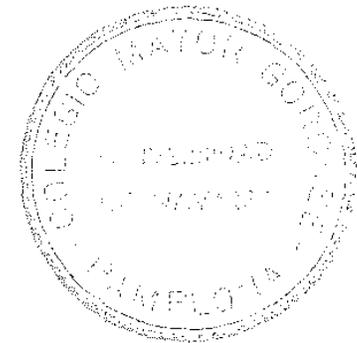
EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S. A.
Plaza de los Sauces, 1 y 2 - Tel. 25 68 50* - BARRAJAIN-PAMPLONA

PRECIO: 20 PTAS.

4 SEXO Y PERSONALIDAD JOAN BAPTISTA TORELLÓ

JOAN BAPTISTA TORELLO

SEXO Y PERSONALIDAD



LB. 33322 CUADERNOS DE ACTUALIDAD

R. 217.917 EUNSA
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

Presentación

Con el estilo sugerente y brillante que caracteriza toda su producción intelectual, Joan Baptista Torelló analiza en este número de Cuadernos de Actualidad una de las consecuencias que la popularización de buen número de las tesis filosófico-científicas de Sigmund Freud ha tenido a nivel de opinión pública: la de propagar una deforme sobrevaloración de la actividad sexual, al tiempo que una falsa imagen de las "nocivas" consecuencias de la abstinencia sexual.

Frente a esta polarización se han rebelado los psiquiatras y especialistas no embebidos de freudismo. Es la perspectiva científica que destaca Torelló. La abstinencia sexual, tanto si es querida libremente o incluso si viene impuesta por las circunstancias de la vida, no neurotiza a la persona. Muy al contrario, el celibato, vivido por una razón de orden espiritual, produce ordinariamente personalidades maduras, equilibradas, serenas, especialmente capacitadas para la entrega generosa a los demás.

Tampoco el matrimonio puede verse sólo desde el parcial objetivo de la sexualidad. Como

© Copyright 1975. Ediciones Universidad de Navarra, S. A.

Plaza de los Sauces, 1 y 2. Barañain-Pamplona (España).

ISBN 84-313-0413-8.

Depósito Legal NA 1.406.-1975.

Printed in Spain. — Impreso en España.

Impreso en E. Gómez, S. L. Larrabide, 21. Pamplona, 1975.

el celibato, necesita de una firme estructura y exige la renuncia de sí, para fundamentar un amor estable y profundo: es decir, una personalidad madura, que se alcanza poco a poco, a través de esas crisis existenciales, que son como sufridos contrapuntos que la persona encuentra en momentos de su vida.

Sobre estas consideraciones propone Torelló las líneas maestras de una adecuada pedagogía sexual. Lejos de angelismos y ñoñerías, pero también distante de atmósferas erotizadas y traumatizadas por la neurosis del sexo. Se trata de mostrar el sentido profundo de la vida humana y, en consecuencia, el verdadero significado de la sexualidad. Lo que sólo se consigue en el ámbito del amor y del servicio a los demás.

Joan Baptista Torelló es Doctor en Medicina (especialidad de Psiquiatría) y en Sagrada Teología. Sacerdote desde 1948, ha compaginado su intensa dedicación pastoral, con distintas ocupaciones en el ámbito de su especialidad profesional. Ha sido profesor de Psicología en la Escuela Superior de Sociología de Palermo (Italia); Profesor de Psicopatología Pastoral y director espiritual en el Seminario Mayor de esa misma ciudad. Ha trabajado alternativamente en Zürich y Milán. Y reside desde hace varios años en Viena.

Junto a sus numerosas monografías, artículos y ensayos, difundidas preferentemente en el ámbito cultural italiano y alemán, ha publicado diversas obras. *Psicoanálisis y Confesión* (1963) y *Psicología abierta* (1972) son quizá las más conocidas del lector castellano.

SEXO Y PERSONALIDAD

El punto de vista elegido para tratar este tema es el de la psicología médica; por tanto, queda fuera de mi intención hacer un estudio teológico, moral y pastoral de las relaciones entre el sexo y la personalidad, y más en particular de ese fenómeno escuetamente humano, que llamamos celibato.

Conviene, sin embargo, advertir algo que la experiencia de mi trabajo diario me ha hecho constatar: la veneración, casi supersticiosa que muchos sienten hacia la medicina y los médicos. No es éste el lugar para analizarlo, pero lo considero muy dañoso para una valoración ecuánime de los problemas humanos con los que cabe encontrarse cada día, pues se trata de una admiración ingenua hacia el mundo de las ciencias físico-naturales, y de una confianza casi absoluta hacia los manipuladores del organismo humano.

Esa medicina que más o menos abierta y limpiamente se admira, es la científico-natural —toda física y química— que el viejo positivismo instaló en nuestras Facultades universitarias y que ahora se refugia en los cerebros electrónicos; medicina que al mismo tiempo está sometida a una revisión de base, debida

no sólo a los descubrimientos de la investigación fenomenológica, sino también a las experiencias clínicas siempre más amplias y precisas de la medicina psicosomática, de la psicopatología y también de la biología misma, que no permiten ya una consideración puramente fisicista del cuerpo humano. Por ello, uno de los biólogos más famosos de nuestro tiempo, A. Portmann, ha escrito drásticamente: «En el proceso evolutivo del hombre no se encuentra siquiera una sola fase que pueda considerarse anterior a la aparición de esa característica humana que llamamos espiritual».

La concepción de Freud.

Sin embargo, fue en el cuadro de la medicina científico-natural del positivismo donde Sigmund Freud elaboró su imagen del hombre, dejándose conscientemente llevar por prejuicios transmitidos por la Física, y dando decididamente la espalda a la realidad de los fenómenos observables: «No queremos clasificar ni describir los fenómenos —escribía—, sino concebirllos como signos de un juego de fuerzas que actúan en la psique... Trabajamos para una concepción dinámica de los fenómenos psíquicos. Los fenómenos observados deben —en nuestra concepción— dejar el puesto a las energías que nosotros presuponemos».

Nos encontramos así frente al dogmatismo revisionista que fundamenta todas las investigaciones freudianas: éstas, necesariamente sa-

carán de la experiencia todo aquello, y sólo aquello que la teoría les había previamente inculcado.

La concepción de Freud puede resumirse en unos pocos postulados:

1. El hombre es un objeto, una especie de aparato, concebido según el modelo de las máquinas que él mismo construye.

2. La ley fundamental que gobierna su funcionamiento es la de la «homeostasis», es decir, la ley de la conservación del equilibrio psico-físico.

3. Las manifestaciones psíquicas están relacionadas entre sí por relaciones causales psico-dinámicas.

4. Si se descubren tales relaciones, se pueden atacar las causas de todas las alteraciones psíquicas, y poner así el aparato en condiciones de funcionar bien.

5. Estas «causas» deben ser siempre fenómenos más simples que los observados, a fin de que éstos puedan ser fácilmente reducidos a aquéllos: a esos fenómenos primordiales se les dará el nombre de instintos.

6. Estos fenómenos primarios se deben buscar siempre al principio de la cadena causal, también en sentido temporal. Según este postulado, algunos psicoanalistas creen que el llamado miedo del nacimiento —puesto que es anterior en el tiempo— es la causa de todos los miedos posteriores del niño y del adulto: des-

de los del lactante en el octavo mes, hasta los del niño frente a sus padres, y el del adulto frente a toda autoridad humana o divina. Otros sostendrán que el miedo primario debe buscarse todavía antes del nacimiento, en la prehistoria terrible de un parricidio cometido por cualquier remoto antepasado...

7. Lo que esté por debajo de los fenómenos psíquicos —el juego del instinto— es siempre lo inauténtico, lo ilusorio, el engaño, la novedad. Lo que precede en el tiempo es, por tanto, no sólo y siempre causa, sino la única verdadera realidad; y, viceversa, cualquier fenómeno que sucede posteriormente —precisamente por esto— debe ser relegado a la categoría de los productos secundarios, es decir, a las proyecciones, reacciones, sublimaciones, transferencias, o a los simples epifenómenos del único factor primario, es decir, del instinto.

Demasiados prejuicios científicos.

Esta rígida filosofía reductiva ha sido por desgracia la aportación psicoanalítica que ha tenido mayor éxito en nuestra cultura burguesa y tecnológica, dejando en la sombra una infinidad de acertadísimas observaciones e intuiciones de aquel gran clínico que fue Sigmund Freud, al cual —a pesar de su atadura a una forma de pensamiento totalmente decadente— se le reconoce la paternidad indiscutible de toda la psicoterapia moderna.

La fenomenología y el análisis existencial

—desde filósofos como Bergson, Husserl, Max Scheler, Gabriel Marcel y Merleau-Ponty, y desde psiquiatras como Kretschmer, Allers, Frankl, Binswanger y Boss— han puesto en evidencia cuánto había de postulado y de prejuicio en la teoría freudiana, y han inaugurado una nueva manera de considerar al hombre; es decir, esencialmente como sujeto, como apertura al mundo —no objeto, o aparato cerrado en sí mismo—. Ha sido así posible liberarse de aquella obsesión de desenmascarar y desmitificar todo; se ha descubierto y reconocido la autenticidad de los fenómenos; se han superado los aislacionismos estancadores que cierran la visión de la totalidad personal; y se ha recuperado la libertad, como contraseña de toda dimensión existencial, contra todo mecanicismo fatalista.

A su vez, biólogos y médicos han demostrado ampliamente que la ley física de la «homeostasis» no consigue explicar ningún fenómeno orgánico: los fundamentales procesos vitales no se dirigen primariamente a la conservación del equilibrio, sino, por el contrario crean tensiones siempre nuevas que hacen progresar y desarrollar la vitalidad. Como decía Goldstein y recuerda frecuentemente Frankl, el órgano que busca ante todo el equilibrio es un órgano enfermo.

Abstinencia sexual y anormalidades.

Fueron precisamente una medicina y una psicología como las anteriormente descritas,

ancladas en el pensamiento cientifista y naturalista, las disciplinas que difundieron ampliamente toda clase de tabús sobre la abstinencia sexual, considerada dañosa e incluso destructora para las capacidades de trabajo y de placer, en las que la «ingeniería psicoanalítica» quiere hacer consistir la normalidad, la salud humana.

Pero también en los tiempos de máximo éxito de tal medicina, conocidos científicos y renombradísimos clínicos se negaron a ver en la abstinencia sexual una causa verdadera de perturbaciones orgánicas¹. Para todos ellos, la abstinencia sexual es absolutamente inocua desde el punto de vista higiénico, con tal de que la sexualidad no se estimule y reprima al mismo tiempo. Debe ponerse de manifiesto además que aquellas personas que viven una continencia sexual y manifiestan alteraciones, no se curan por medio de la actividad sexual, como numerosas vulgarizaciones médicas y psicoanalíticas han pretendido hacernos creer, y como no pocos médicos susurran al oído de clientes desprevenidos (médicos, sea dicho sin paliativos, que en ninguna Facultad estudiaron sexología, y que por tanto en estos temas están

1. La investigación de Scremin publicada en 1944 es extraordinariamente elocuente, y hace ver la unanimidad de las experiencias de los médicos más famosos entre 1920 y 1940 —entre ellos siete premios Nobel—. No hace falta ser un experto en asuntos médicos para valorar el peso de nombres como los de Abderhalden, Langley, Sherrington, Aschoff, Krehl, Mingazzini, Walter Jauregg, Berger, Babinski, Bleuler, Kraepelin, Bumke, Minkowski, Klemperer, Monakow, Banti y Jung.

totalmente sometidos a los mismos prejuicios de la masa). Muy al contrario: esos enfermos transfieren sus anomalías al ámbito de las relaciones sexuales, y fácilmente se convierten en perversos. La patología sexual acaba cada día casi por su propio peso en la clínica psiquiátrica, y en ella se abre camino cada vez más decididamente la concepción del zuriqués M. Boss, según el cual, toda alteración sexual manifiesta «una radical alteración de toda la existencia, es decir, una restricción estructural de las relaciones del hombre consigo mismo y con el mundo».

Desde el punto de vista biológico se puede afirmar sin rodeos que el sexo, a pesar de presentar un reclamo tan fuerte, es una actividad de lujo. La abstinencia sexual forzada en los animales —que por otra parte tienen un comportamiento claramente señalado por el ritmo sexual— se ha demostrado completamente inocua. Y en la mujer, que —a diferencia del hombre— posee un marcado ritmo sexual —la ovulación— se advierte que esto no tiene ningún influjo en su comportamiento espontáneo. Sin olvidar que, a diferencia del animal, el hombre se muestra penetrado de espíritu, es decir, de libertad (Aron, Portmann, Oraison).

Neurosis, frustración y sacrificios.

En relación con los llamados «desequilibrios de la personalidad», es decir, con las neurosis que —según algunos— acarrearía la

continencia sexual, conviene recordar las palabras del mismo Freud: «La razón por la cual esas personas enferman es el rechazo que la realidad, por el camino que sea, les impone a la satisfacción de sus deseos sexuales». Si no se generaliza esta etiología, puede aceptarse esta formulación, siempre que venga debidamente subrayada la palabra «imponer». En efecto, no es una frustración cualquiera del sexo lo que neurotiza al sujeto, sino una frustración no querida —es más, íntimamente rechazada—: el celibato, libremente asumido por amor y espíritu de servicio, no tiene nada que ver. La neurosis denota, en cambio, una clara ausencia de amor —entendido como modo entregado de estar en el mundo— y, por tanto, una considerable restricción, claramente patógena, de la relación yo-mundo.

Los que por circunstancias diversas —mujeres que no encuentran marido, enfermos que no pueden casarse, etc.— se ven forzados a la abstinencia sexual deberán, sin duda, «hacer de la necesidad, virtud», cosa no sólo posible, sino también nobilísima. Habrán de aceptar y asumir su abstinencia sexual en la intimidad del yo, a fin de que su sexualidad se integre en la totalidad de la personalidad, y no dé lugar al desacreditado tipo de vieja solterona extravagante, que llena la casa de perritos y canarios, irascible e intratable...; esto no se debe a su falta de relaciones sexuales, sino a una vida que ella considera carente de sentido. No es el matrimonio o el celibato el que da sentido a la vida, sino la fe y el amor que actuali-

zan la autotrascendencia del hombre en el don de sí al otro.

Frustraciones matrimoniales.

La neurosis no se evita simplemente eliminando frustraciones, porque también el matrimonio frustra, de hecho, muchas posibilidades humanas, y no sólo en el sentido de que —como escribía Gide—, «Quien ama a una mujer, renuncia al conjunto de todas las demás»; sino en el sentido de que la dedicación que el amor humano lleva consigo exige no pocos sacrificios; y además en el sentido de que el amor y la misma vida sexual prueban la insuficiencia, la limitación, la relatividad de una unión que pide infinitud, eternidad y absolutez, que de por sí ni el amor ni la sexualidad están en grado de ofrecer. Razón por la que todos los amantes deben aceptar al final, como enseña Thibon, que amar no es saciarse ni devorarse uno a otro, sino sufrir juntos el hambre y transformarla en oración común.

«Una frustración no está bien soportada más que en la medida en que se vive positivamente lo que ella permite vivir» (M. Oraison). La situación de la persona célibe, por tanto, no está expuesta a las crisis de la persona casada, sin contar con que las frustraciones que el matrimonio impone son, en general, peor llevadas que las que el celibato comporta; por lo que se puede afirmar —desde el punto de vista psicológico y estadístico— que el celibato, debido a

la entrega sin reservas que supone y a la que conduce, si las motivaciones religiosas no decaen, no se muestra de hecho en desventaja en comparación con el matrimonio.

Decisivo en toda cuestión sexual será siempre el factor psíquico; o mejor, la disposición interior, espiritual y religiosa, que no atiende a situaciones y valores pasajeros, provisionales y reversibles, sino definitivos e irrevocables, como señal del compromiso específico y de la plenitud del ejercicio de la libertad. El celibato positivo no es solamente fuente de libertad, sino actuación, realización de la libertad en una de sus formas más radicales, y en este sentido —por tanto— es eminentemente saludable. «Si la abstinencia sexual —dice Jung— no es una escapatoria ante las necesidades y las responsabilidades de la vida y de la suerte, no es en efecto dañosa. Sin embargo, debe ser libremente querida y basarse en convicciones religiosas: todas las demás motivaciones son demasiado débiles y producen la falta de unidad interior y con ello la neurosis, la cual es siempre expresión de un conflicto moral».

Madurez.

Según la psicopatología actual, las posibilidades de maduración de la personalidad del célibe son tan grandes como las del amor del que vive. En otras palabras: el único enemigo de la personalidad madura es el egocentrismo.

Se puede afirmar sin temor que existen tantas personas inhábiles para el celibato como

para el matrimonio. En efecto —como ya se ha señalado— no hay más fracasados en el celibato que en el matrimonio: en los dos casos la dificultad proviene de la mayor o menor victoria conseguida sobre el egocentrismo; el que no sabe darse se pierde; quien no sabe negarse está incapacitado para el amor: para el amor a Dios y para el amor humano. El que no es casto antes del matrimonio, raramente lo será después, porque el matrimonio no resuelve el llamado «problema sexual»; el matrimonio no puede ofrecer otra cosa que el terreno natural sobre el que se puede desarrollar aquello que es decisivo: el difícil paso desde un «vivir para mí» (egótico) al «vivir para ti» (del amor). La entrega es la base indispensable de la maduración y de la integración sexual en la totalidad de la personalidad. Y esto el matrimonio no lo lleva consigo automáticamente, sino que reclama en cada caso una libre y fatigosa conversión, una personalísima «metanoía». Conviene no ser ilusos; ni siquiera la paz de los sentidos es fruto del apagamiento del instinto sexual: porque no existe ese «instinto» aislado, de la misma manera que no existe ningún espíritu aislado, desencarnado.

Tomás de Aquino responde a quienes malentendiendo el famoso dicho paulino «mejor casarse que abrasarse» consideraban locura abstenerse del matrimonio, porque precisamente en él se les ofrecía la medicina contra la concupiscencia: «este motivo tendría valor, si no se pudiera emplear ningún remedio más eficaz para dominar la enfermedad de la con-

cupiscencia: pero quienes no usan del matrimonio pueden emplear como remedio de mayor valor las obras espirituales y la mortificación de la carne».

El matrimonio no es un «remedio».

Toda persona bien experimentada conoce la relatividad del *remedium concupiscentiae* y los innumerables fracasos y divorcios, que a pesar de la satisfacción instintiva, se constatan, si el matrimonio no está sujeto por una robusta estructura espiritual y por la renuncia de sí por amor. Y puesto que en el celibato *por el reino de los Cielos* se realizan radicalmente la vida espiritual y la apasionada renuncia de sí como actualización del amor más entregado y más grande, se comprende que el celibato consiga lograr personalidades excepcionalmente armónicas. Describirlas es empresa raramente intentada; pero todos los psicólogos no cegados por prejuicios han podido observar que a esas personas les caracteriza una «juventud de espíritu», que les opone a los falsos célibes llamados, a veces justamente, «viejos solterones» y «viejas solteronas». Se trata de personalidades con una óptima relación con los demás; se muestran insertados, pero no revueltos; serenos, acogedores, por lo que fácilmente llegan a ser buenos y buscados «consejeros», «interlocutores valiosos» que «ayudan a ver claro» sin imponer sus propios puntos de vista. Se entregan fácilmente, son activos, comprometidos,

pero equilibrados y elásticos; y frecuentemente la gente dice de ellos: «no se diría que es soltero». Están «seguros de ser ellos mismos» (no «seguros de sí mismos»), es decir, auténticos y modestos; estiman el amor humano pero conocen su limitación y relatividad... y, por tanto, saben situarse cada vez más en los campos que están más allá de lo que es sólo terreno y temporal.

Esas características que M. Oraison describe ampliamente sin ningún énfasis, hacen de la personalidad del célibe por amor una figura altamente atractiva, hacia la cual todos pueden mirar como hacia una realización poco corriente de la trascendencia de la vida personal².

El celibato, que también tiene una expansión perfectamente satisfactoria de la personalidad, reclama, sin embargo, un mínimo de madurez afectiva, como por otra parte la requiere el matrimonio: se puede decir incluso que en este campo las exigencias son casi las mismas, en extensión y en profundidad. Quien no es suficientemente maduro para abrazar el celibato, no lo es tampoco para casarse. Pero esta madurez se adquiere sólo poco a poco, de un mo-

2. Desde este punto de vista se puede entender por qué contra todo fisicismo determinista, la psicopatología más moderna afirma las amplias posibilidades de transformación y evolución de la personalidad no ya entumecida por la herencia y por complejos infantiles, sino en devenir incesante, «in perpetuum mobile», en un dinamismo inagotable, que es expresión de la libertad que la define, y que plasma la amplitud y la estrechez de las relaciones consigo mismo, con el mundo, con las cosas, con los hombres, con Dios.

do no lineal, mediante crisis que deben ser vigiladas, apuntaladas y orientadas, a fin de que quien las sufra no se descorazone cayendo en la infelicidad o en la infidelidad (las dos tumbas del proceso hacia la madurez).

Egocentrismo.

Raros son los célibes, y rarísimos los matrimonios que se emprenden con perfecta pureza de corazón; el egocentrismo se infiltra en todo afecto inicial bajo velos más o menos honorables y dignos: el afán de satisfacción personal, el deseo de sobresalir, de saciar la propia hambre de lo absoluto; la misma preocupación por la santidad personal o el mismo celo apostólico, pueden llevar consigo el contrapeso de notables cargas egóticas que sólo el tiempo, las oscuridades, la prosa diaria, la sequedad de la ley, la inflexibilidad de las estructuras sociales, la tentación, la desilusión, la soledad afectiva... rectificarán poco a poco, llevando al amante imperfecto hasta aquel vacío saludable que los místicos llaman «noche de los sentidos y del espíritu», y que nosotros llamamos simplemente «crisis existencial». La entrega sólo crece y se purifica a lo largo de la historia personal. Pero es necesario entender bien lo que se vive en estas crisis, no eludirlas —«se tiene miedo del abismo porque en su fondo se encuentra Dios» (Simone Weil)—, no distraerse y, sobre todo, no ilusionarse con eventuales cambios de *partner*, porque el único que tiene que cambiar es el yo (Künkel).

La mayor parte de los llamados «matrimonios logrados» son siempre parejas de «supervivientes» de esos ineludibles naufragios, en los que «o el yo mata al amor, o el amor mata al yo» (Thibon). La mayor parte de los «célibes logrados» son hombres que, a través de crisis de mayor o menor importancia, han sabido purificar los motivos iniciales de su entrega. No conviene ser tan puntillosos y puristas en relación con los motivos iniciales, siempre que en ellos no fallaran por completo elementos auténticos: de otra manera, llevados por una actitud iconoclasta descarnada y furiosa, destruiríamos la gran mayoría de las vocaciones profesionales, matrimoniales, religiosas y sacerdotales. Un comienzo no del todo puro, incluso gravemente tarado, puede ser perfectamente corregido, compensado, purificado: lo mismo que un celibato cargado de tabús sexuales y de miedos a la vida.

Tabú anti-tabú.

De aquí la necesidad de no aislar el problema sexual, de no hacerlo objeto de una educación «a se», sino de integrarlo en la estructura general de la personalidad, como Adler, Allers, Forster, von Gebattel, Binswanger, Boss y Frankl, han repetido hasta la saciedad contra el difundido —y a menudo hipócrita— uso educativo encaminado hacia la liberación de los tabús; como si este frenesí no hubiese sido producido desde hace bastante tiempo

por ese nuevo y ferocísimo tabú que es el anti-tabú.

La sexualidad pertenece a la relación amorosa del hombre con el mundo, es decir, a ese modo de estar-en-el-mundo que llamamos amor, en el cual la unidad y la totalidad del yo y del tú se viven en la forma del don de sí sin reservas ni condiciones, configurando todas las dimensiones de la existencia corporal, psíquica, espiritual.

Y así como el amor no es propiamente ni un «movimiento» (Platón), ni un «acto» (Max Scheler), ni una «actitud» (Jaspers), y menos todavía un «sentimiento», una «emoción», o un «instinto sublimado», no se puede tampoco decir que la sexualidad sea una pura «energía física» ni sólo una «expresión de la personalidad total». La sexualidad —dicen los analistas de la existencia— es amor actualizado en la esfera corporal: un amor que puede encarnarse o realizarse, ya sea en la actividad sexual, ya sea en la abstinencia. Los diversos modos de este amor, su estrechez o su amplitud, el grado de su generosidad o de la entrega que arrastra, se realizarán en la esfera del comportamiento y de las diferencias sexuales. En la base de toda perturbación sexual encontraremos, como decíamos, una restricción del modo amoroso de estar-en-el-mundo, a causa del aislamiento, de la obstinación de la autorreflexión, del miedo, etc. Esto quiere decir que el comportamiento sexual de todo individuo no depende fundamentalmente de su constitución, o de la estructura social en la que vive: puede

siempre transformarse si su modo de estar-en-el-mundo, es decir, su modo de referirse a sí, a los otros, a la vida, a Dios, se transforma también adecuadamente.

Los errores de la Pedagogía sexual.

Estas premisas de orden psicopatológico nos obligan a considerar la compleja problemática de lo sexual desde el punto de vista de la personalidad total y, necesariamente, también desde el punto de vista pedagógico. Por desgracia, conviene decir que quienes han vivido o viven bien el celibato, lo consiguen no precisamente a causa de la educación recibida, sino con bastante frecuencia precisamente a pesar de ella. Lo consiguen porque la vida, como decíamos, enseña y pule, porque la entrega hace milagros; porque la psicología —¡gracias a Dios!— no lo es todo. Y porque el sacramento del Orden —en el caso de los sacerdotes— y la gracia vocacional son más eficaces que nuestros errores. De todos modos, conviene señalar aunque sea brevemente, los errores más frecuentes que cabe destacar en la *pedagogía sexual* a fin de que, corrigiéndolos, el celibato pueda ser vivido más fácilmente en todas sus posibilidades.

1. *La pedagogía «angelista».*

Una retórica dulzona, una fraseología ñoña, un tonto y decadente formalismo caracte-

rizó buena parte de la pedagogía de la castidad en las escuelas católicas, paralelamente a la empolvada moral victoriana de una cultura mundana farisaica, que la revolución freudiana desenmascaró sin compasión. Se debía ser puro «como lirios», castos «como cordeiros», incluso «como palomas». Un malhumorado y enfermizo maniqueísmo que veía en el sexo la fuente de todo mal, y que se apañaba con eufemismos candorosos, ingenuidades molestas e inocencia poco viril, serpenteaba en el corazón cansado de esta pedagogía.

Se ignoraba —más o menos conscientemente— que todo el Cristianismo se apoya precisamente en la Encarnación del Logos de Dios; que, como decía audazmente Santo Tomás: «Dios se hizo carne, para que la carne se hiciera Dios»; que esta carne es ahora «templo del Espíritu Santo», que estos cuerpos sexuales son materia de un sacramento, que todos los sacramentos están ordenados al sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, que toda la liturgia es —como ha dicho un autor— un «culto divino de la carne» (de Cristo), carne que Tertuliano definió «columna de salvación». ¡No! Se nos quería ángeles, olvidando, como decía Pascal, que «el que quiere hacer de ángel acaba haciendo de bestia».

2. *Pedagogía del miedo.*

Esa desacertada pedagogía de la pureza —dice Monseñor Escrivá de Balaguer— sólo sabía de hecho hablar de la impureza, y de tal

modo que se convertía en el fantasma de las noches insomnes de los jóvenes. Los «peligros» estaban por todas partes a la espera; las sugerencias del maligno acechaban en cualquier ocasión; cada mirada, cada lectura, cada contacto humano, podían convertirse en ocasiones de pecado, de un pecado que no sólo llevaba la muerte al alma, sino que también a la ruina de la salud corporal: afirmación esta última que, después, en muchos casos —especialmente en lo referente a la masturbación— carecía de todo fundamento real. Esa pedagogía provoca inevitablemente el calambre psíquico que paraliza toda vitalidad y alegría; produce vértigos tan graves que precipita a los obsesionados ascetas en las redes del vicio del que querían huir tan ardientemente, en virtud de una inexorable ley psicológica que Frankl ha descrito magistralmente a propósito de lo que llama «ansia de espera». Tomás de Aquino dice que la primera condición para superar una tentación es no asombrarse de sentirla, no asustarse; y Juan de la Cruz añadía que los movimientos de la sensualidad, frecuentes en los principiantes, se deben a veces precisamente al miedo que se les tiene.

3. *La pedagogía de la ignorancia.*

Según esta paradójica pedagogía sexual era mejor no hablar del tema. La vida misma, por desgracia, pondría a los jóvenes en contacto con la dura realidad. Con ello se conseguía únicamente excitar la fantasía, volver morbo-

sa la curiosidad más normal y hacerse de las cosas del sexo ideas muy aproximadas y sólo negativas. No se piense que estoy hablando del siglo pasado. Hace solamente quince años en muchas escuelas se estudiaba en las lecciones de ciencias naturales, la reproducción de las plantas y peces, pero no la de los hombres. En un seminario, cuyo nombre no quiero recordar, el tratado moral del sexto mandamiento no se explicaba en público y venía dejado al estudio personal; y en otro no se explicaba en clase, sino en la capilla, por el director espiritual vestido de roquete y estola...

Hoy, cuando los adolescentes son iniciados en las cuestiones sexuales por periódicos, películas y por una abundante literatura semi-pornográfica que todo lo invade, se hace más necesaria que nunca una verdadera educación sexual, porque el erotismo que se vende bajo la etiqueta hipócrita de la educación sexual no instruye, sino que atonta y llena el alma de los muchachos de innumerables tabús y de vilezas.

La delicadeza del pudor de los santos —aunque vinculada formalmente a las costumbres de las épocas en que vivieron— no ha sido jamás ingenuidad ignorante, ni estrechez de espíritu, sino expresión de una sutil y clara discreción de lo verdadero, que distingue todo auténtico amor. Frente a la claridad, e incluso su rudeza de modales, de una Catalina de Siena, o de un Tomás de Aquino, la adobada figura que se nos presenta de un Luis Gonzaga, quien con los ojos fijos en el suelo, no

mira jamás el rostro de su soberana, María de Austria, y que *incluso evitaba mirar el rostro de su madre* —como decía el Breviario romano—, nos parece una piadosa pero legendaria mentira que no podrá edificar a nadie; y estamos convencidos de que este «homo sine carne» no podría jamás ser un modelo de nuestra espabilada juventud, tratándose de una personalidad neurótica que con la santidad nada tendría que hacer.

4. Finalmente, la pedagogía restrictiva.

Según ella, si una persona es casta todo estaría perfectamente. Simplificación que muestra una pésima doctrina teológica y psicológica, y una praxis completamente carente de sentido de la realidad. Si no se vive y se enseña que el único resumen válido de la ley de Dios es el amor a Dios y el amor al prójimo, y en cambio se insiste a propósito y a despropósito, sobre un primado más o menos teórico de la castidad, conseguiremos quizá personas continentes, pero no ciertamente castos; tendremos célibes ácidamente frustrados, acorazados por una melancólica puntilliosidad y por una difundida desconfianza hacia el mundo, que no raramente oculta el peor de todos los males: la soberbia del espíritu (Escrivá de Balaguer) que, a largo y breve plazo, conocerá el cortocircuito dramático que hace precipitar al aspirante a ángel en el abismo de la carnalidad.

Sentido de la vida y entrega

La educación sexual se reduce en última instancia a una adecuada explicación del verdadero significado de la sexualidad. Es preciso liberarse decididamente de tantos formulismos y juridicismos que la vida misma elimina sin remedio, e ir directa y apasionadamente al problema del «significado». Toda la doctrina de Frankl sobre el «sentido de la vida» tiene aquí una validez indiscutible. Si toda la vida adquiere significado sólo en el ámbito del «servir» y del «amar», mucho más la vida de quien se entrega sin ningún lastre egótico —ansia de reconocimiento, de autosatisfacción, de autorrealización o de éxito personal—. Eugen Minkowsky en una de sus espléndidas investigaciones fenomenológicas se detiene, en cierta ocasión, para exclamar como maravillado: «¡La vida... está hecha para la entrega!». La castidad, decía Tomás de Aquino, no es laudable en sí, sino en cuanto lleva a la contemplación de las cosas divinas. Si en un futuro sacerdote —pongamos por caso— no se consigue despertar esta vida escondida con Cristo en el Dios de la nueva Alianza, si no se consigue hacer de él antes que nada un hombre de oración que arde por el deseo de ver a Dios ya en este mundo, en las cosas, en los hermanos más abandonados (porque es en esta contemplación donde se le desvelarán el sentido y el último fundamento de todo su vivir), no se conseguirá enderezarlo hacia el ca-

mino del celibato positivo y expansivo. El sentido del celibato no se puede percibir más que en el diálogo con Dios mismo, mediante esos clamores y esas imploraciones de la gracia que se consuman en una ciega aventura, mediante la lucha suplicante por una siempre nueva disponibilidad para el escándalo y la locura de la Cruz y del Evangelio.

Esta locura y este escándalo resultan todavía más evidentes en nuestra época, cuando las tendencias desmitificadoras, desacralizantes y secularizadoras —que querrían un Cristo sólo héroe humanitario, un cristianismo sólo humanismo, y hacer de los sacerdotes sólo asistentes sociales— se acompañan por la llamada «revolución sexual», según el modelo de aquel psicoanalista heterodoxo vienés, muerto en 1947 en una cárcel americana, que se llamó Wilhelm Reich. El predicó con celo fanático la abolición de todo valor trascendente, de toda moral del matrimonio, de toda clase de autoridad, a fin de que la «felicidad sexual» eliminase por arte de encantamiento guerras, represiones y neurosis, análogamente al programa de un partido alemán: el DSP o «Deutsche Sex-Partei».

Y si los católicos, por un conformismo algo ingenuo, ceden a la mitología de la secularización total y del científicismo redentor de todo mal, no es de sorprender que también emprendan poco a poco la «larga marcha» hacia el Sexualglück, hacia la «felicidad sexual». Un periodiquillo de la juventud estudiantil cató-

lica vienesa ya ha combatido, hace pocas semanas, la institución matrimonial monógama y ha defendido el matrimonio de grupo, porque es «más natural y más humano»; en otro sitio he leído que el llamado matrimonio entre homosexuales debería ser reconocido no sólo legalmente, sino considerado sacramento; y un profesor de pedagogía de la Universidad Darmstadt ha publicado un libro en el que pide que las escuelas medias no sólo den instrucciones teóricas sobre la vida sexual, sino que fomenten su ejercicio en las escuelas mismas, construyendo locales aptos en los que los alumnos y las alumnas, sin ningún género de control, tengan la posibilidad de satisfacer su erotismo que, de otra manera, quedaría peligrosamente reprimido...

En este clima exaltado, también el sacerdote desmitificado, desacralizado y secularizado, es lógico que no sólo sienta la necesidad de ejercitar oficio, sino que para su autorrealización considere que no puede ser nada sin una mujer.

Un «dolce stil nuovo» también en teología.

Algunos teólogos, frescos de entusiasmo por sus recientes descubrimientos sobre el valor positivo de la sexualidad —a pesar de que demuestran saber bien poco todavía— han idealizado hasta tal punto el matrimonio, que

el celibato no se les presenta más que como una herida incurable. Esta lírica erótica del «dolce stil nuovo teológico» que presenta al matrimonio como un medio indispensable para el desarrollo de la personalidad y de su sentido social es, desde el punto de vista psicológico, una gran mentira, aparte de la ofensa que acarrea al único *perfectus homo* y único redentor del mundo que es Cristo. El celibato priva, ciertamente, de muchas alegrías; pero permite compromisos, realizaciones, distracciones y alegrías que el casado no conoce; de tal modo que quien lo vive por una plenitud de dedicación a los demás, se convierte en un maestro del amor, también del amor conyugal, porque él realiza en su existencia aquéllo de lo que el matrimonio es sólo un símbolo: la unión nupcial entre Cristo y la Iglesia.

Si no se entra en esta «mística» que anuncia y anticipa la condición final del hombre en la eternidad, se pierde el sentido último del celibato; y todas las compensaciones que entonces se puedan buscar se mostrarán dolorosamente insuficientes. Por eso (y no sólo en relación con la problemática del celibato) psicólogos y psiquiatras reclaman hoy —como ha sucedido recientemente en un congreso en Alemania— que los sacerdotes y los teólogos, si quieren de verdad ayudarles en su empeño sanitario, se deben dedicar menos a la psicología y a la sociología y más a la mística, que fundamenta la condición del cristiano y con mayor razón la del sacerdote.

No se crea, sin embargo, que el celibato positivo y sólidamente anclado en la espiritualidad y en la madurez afectiva, pueda prescindir de la ascética. Una sexualidad no ejercida, aunque bien integrada, no debe ser estimulada voluntariamente a la sombra de cálculos farisaicos sobre los límites de lo permitido y de lo prohibido; no hay necesidad de ser masoquistas para entender que, también en un mundo menos erotizado que el nuestro, la guarda de los sentidos es necesaria si se quiere vivir castamente en el celibato —y también en el matrimonio—. Ningún tabú antirrepressivo nos convencerá de un celibato vivido sin esfuerzo, sin sobriedad, sin sujeción de la fantasía, y también sin una —controlada— penitencia corporal. La ducha fría cotidiana —suele decir— es una disciplina eficaz e higiénica que, por otra parte, tiene la ventaja de demostrar que la verdadera castidad «no huele mal». Más importante es, de todas formas, la Cruz que impone el amor al prójimo con todas las abnegaciones, diligencias, humillaciones, fracasos e ingratitudes, que el servicio a los demás lleva consigo, y que nos hace siempre rectificar la intención, y buscar a Dios en todas y sobre todas las cosas.

Con más razón, como tuve ocasión de oír al Fundador del Opus Dei, si se trata de un sacerdote que cumple con seriedad de compromiso todos los deberes que ha asumido con su ordenación. No tendrá ni siquiera tiempo para tener problemas personales, y por la

noche, fatigado de tanta entrega, comprobará gozosamente que no ha tenido ni un minuto en toda su jornada para pensar en sí mismo, pudiendo entonces exclamar feliz: De hecho *no vivo yo, sino que vive en mí Cristo.*

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE NAVARRA